

El reloj nos sirve para medir el tiempo. Esta es la historia de un reloj que se hizo amigo de un niño. Al principio, hace cientos de años, había una roca que estaba muy sola, pero un día, se hartó y se fue a divertirse. Jugó en la orilla del río hasta que cayó en el agua. El flujo constante la erosionó y se convirtió en redonda. Rodó por el caudal hasta llegar a la costa, donde dos relojeros la vieron y pensaron que sería perfecta para hacer un reloj, así que la llevaron a su taller, donde la cortaron y moldearon. La roca trató de escapar, pero sabía que la iban a convertir en algo nuevo, y al final se rindió. Luego de unas horas, despertó de un largo sueño y vio que había cambiado totalmente. Tenía dos agujas atornilladas por el centro, tenía un marco de madera, números pintados, ¡era muy lisa! Viajó un rato largo en el camión de los relojeros y acabó en una casa, donde la atornillaron a una pared y veía personas pasar cada poco rato. Un día, conoció a un niño llamado Julián, del que se hizo amigo la roca (ahora reloj). Charlaban un rato cada día hasta que Julián se hizo mayor. Un terrible lunes Julián se despidió del reloj y este no entendió. Al próximo día lo comprendió. Se habían mudado Julián y sus padres a otra ciudad. Contaba cada segundo que pasaba sin su amigo, y cada vez estaba más triste y solo. Pasó días, semanas, meses, años, puede que décadas sin su amigo. También se llenó de polvo, sus agujas dejaron de moverse... Todo era muy triste hasta que se armó de valor y fue a buscar a su amigo. Pero todo fue en vano ya que no se podía desatornillar por el fondo de los tornillos. Se puso casi a llorar cuando se abrió la puerta, ¡y volvió Julián! Desde entonces el reloj y Julián (que había crecido mucho) fueron inseparables. FIN.